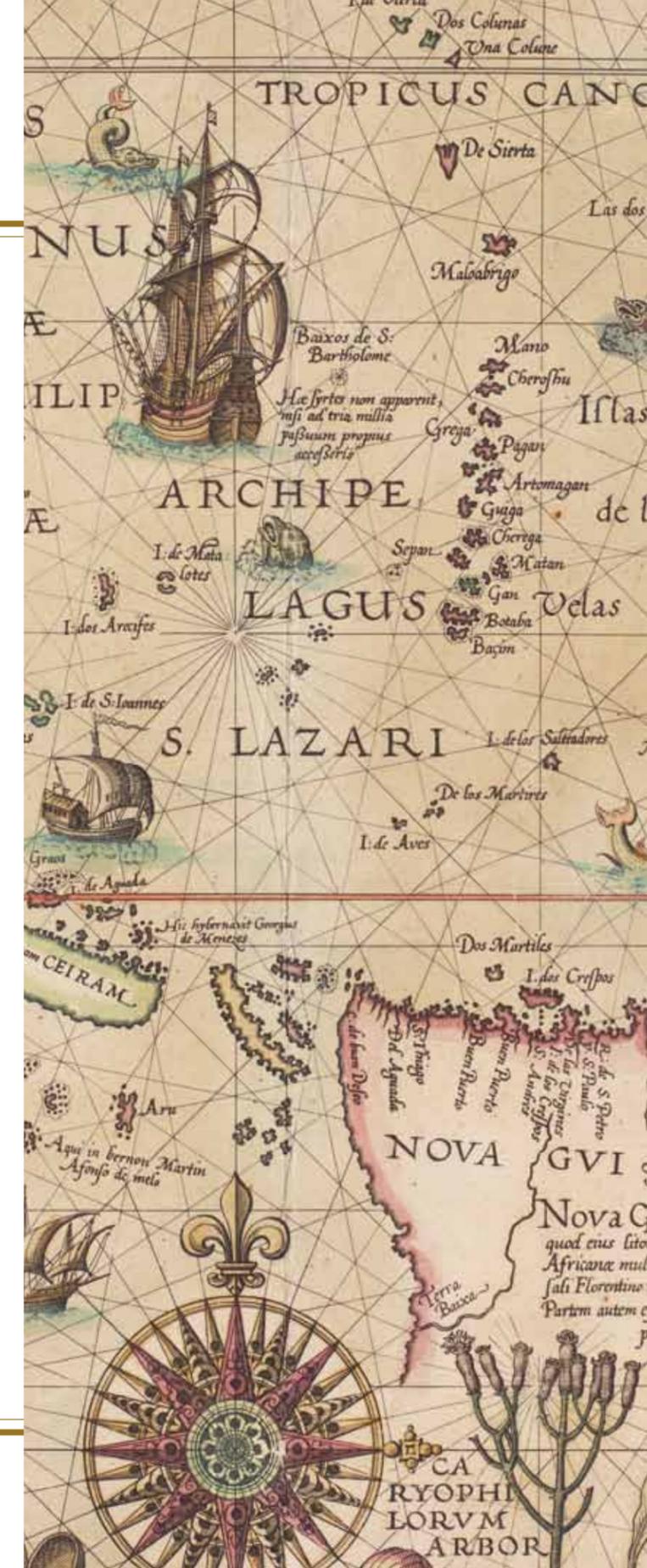


C O N T E N I D O S

La aventura de descubrir la Tierra	7	<i>Mapa de Abel Tasman</i>	150
<i>Carta pisana</i> , el primer portulano	10	<i>Costa oeste de África hasta São Tomé, de Fernão Vaz Dourado</i>	154
Mapa atribuido a Cristóbal Colón	14	Los primeros mapas del corazón de África	172
<i>Atlas Miller</i>	18	<i>Atlas de Joan Martines</i>	176
<i>Planisferio de Cantino</i>	36	<i>Mapa portulano de Juan Vespucio</i>	194
<i>Mapa de Pedro Reinel</i>	40	<i>Islas Molucas</i> , de Petrus Plancius	198
<i>Mapa del mundo de Jorge Reinel</i>	44	Mapa de la expedición geodésica a Ecuador	216
El mapa del mundo de Piri Reis	62	<i>Mapa de la Rusia imperial</i>	220
<i>Mapa de Tenochtitlán</i>	66	<i>Mapa del Polo Norte</i>	238
<i>Puertos y bahías de tierra de San Buenaventura</i>	84	<i>Mapa General de las colonias británicas medias en América</i>	242
<i>Atlas portulano</i> de Battista Agnese	88	<i>Mapamundi de Visconte Maggiolo</i>	260
<i>Mapa del estrecho de Magallanes</i>	106	<i>Mapa del mundo que muestra la extensión del Imperio británico en 1886</i> , de Walter Crane	264
<i>Portulano del golfo de Guinea</i> , de João Freire	110	Bibliografía	283
Carta de la costa oeste de África, de Grazioso Benincasa	128		
<i>Atlas Vallard</i>	132		



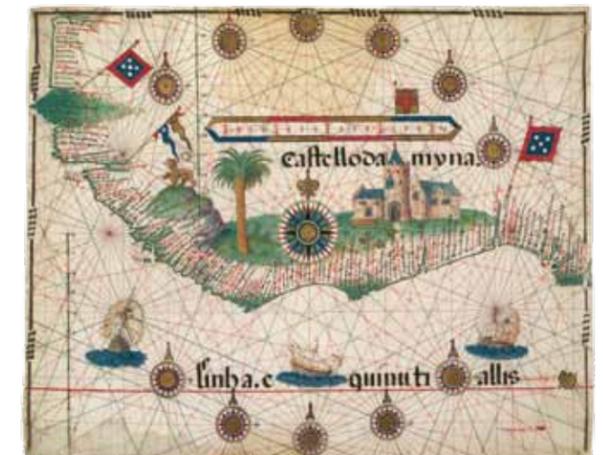
La aventura de descubrir la Tierra

En 1434, Gil Eanes, navegante portugués, zarpó de Lagos y puso rumbo al sur. Navegó sin alejarse de la costa africana y, unos trescientos kilómetros más allá de las islas Canarias (ya bien conocidas por los europeos), llegó al cabo Bojador. Aquel lugar era conocido como el «cabo del mal»; se decía que allí empezaba un «mar tenebroso» cuyas aguas llegaban a hervir por el calor. Otros informes, aparentemente más serios, también eran desalentadores: las aguas tenían poquísima profundidad y las corrientes eran tan fuertes que, si un barco superaba el cabo, luego le era imposible volver a casa. Pese a todo, Eanes había recibido del promotor del viaje, el infante don Enrique de Portugal, el encargo expreso de doblar el cabo. Así que se adentró un poco en el océano, lo superó sin contratiempos y, al contrario que los navegantes que lo precedieron (venecianos y catalanes), Eanes volvió a Europa para contarlo.

La gesta de Eanes suele citarse como el hito que marca el inicio de la «era de las grandes exploraciones». Hay buenos motivos para ello: pasar el Bojador fue como romper un maleficio y, a partir de entonces, las exploraciones europeas por mar y tierra se sucedieron durante siglos. De hecho, no cesaron hasta

que Europa, pronto con sus epígonos coloniales, se enseñoreó de los nuevos territorios (hasta donde le fue posible) y, además, obtuvo una imagen certera del planeta, es decir, un mapa del mundo sin áreas blancas ni líneas de costa discontinuas.

La exploración es —se ha dicho muchas veces— un afán intrínseco al ser humano. También es un fenómeno de enorme relevancia en su historia global. De hecho, se ha dicho que la historia del *Homo sapiens* puede resumirse en dos grandes historias que son, también, historias de exploración. La primera, que comienza en África hace unos 150 000 años, es la historia de cómo las culturas humanas se formaron y se diferenciaron a la vez que se dispersaban por todo el planeta. La segunda historia, que empieza en una época mucho más reciente, es la de cómo las distintas sociedades humanas volvieron a entrar en contacto, empezaron a intercambiar rasgos culturales y a hacerse más parecidas unas a otras. Este proceso histórico de convergencia no es fácil de aprehender



▲ La superación del cabo Bojador por Gil Eanes en 1434 supuso un punto de inflexión en el descubrimiento de la ruta por el este hacia la India. *El Portulano del golfo de Guinea*, de João Freire (1546) ilustra los primeros hallazgos realizados por los portugueses tras la hazaña de Eanes.

➤ porque, de hecho, nos hallamos inmersos en él. Los historiadores que han reflexionado sobre él, como Fernández Armesto o David Northrup, difieren incluso sobre cuándo situar sus inicios: ¿en el Neolítico, como resultado de la sedentarización?; ¿quizá en torno al año 1200, cuando despunta el primer «renacimiento» europeo?; ¿o más bien en el siglo XV, con el comienzo de las exploraciones portuguesas?

De un modo u otro, no hay duda de que a partir del 1400 (o de 1434, si se quiere) la tendencia de las sociedades humanas a aproximarse se aceleró vertiginosamente. Las iniciativas decisivas correspondieron casi siempre a la Europa cristiana, entre otras cosas porque China, de entrada mejor posicionada para protagonizar todo el proceso, a partir de la década de 1420 decidió volver la espalda al mar por razones políticas y culturales. Europa, sin embargo, encontró múltiples y valiosas motivaciones. Según las épocas y los promotores, se combinaron en distinto grado el espíritu comercial, la expectativa del saqueo, el afán de conquista, el entusiasmo misionero, la sed de gloria y, por supuesto, la curiosidad. En cuanto al

desarrollo de los medios técnicos (la carabela, la navegación astronómica, el reloj marítimo para medir la longitud), en parte fueron condición de posibilidad de las exploraciones y, en parte, solución a los problemas que estas fueron planteando.

En este libro, el lector puede asomarse a la fascinante historia de estas exploraciones, del siglo XV al XIX, con sus increíbles gestas individuales, grandes logros científicos y trascendentales encuentros entre grupos humanos. El hilo conductor lo constituyen los mapas, un objeto cuya importancia —para el explorador y para la sociedad a la que pertenecía— difícilmente puede exagerarse.

En la historia de las exploraciones europeas, los mapas sirvieron para registrar y comunicar los nuevos conocimientos geográficos. En efecto, los navegantes hacían anotaciones en sus cartas de marear o elaboraban bocetos de mapas. Y, si podían, copiaban los mapas de las culturas locales, como tenemos constancia de que hicieron los portugueses en el sudeste asiático en más de una ocasión. Cuando la nueva información geográfica llegaba a Europa, los



▲ La existencia del estrecho de Torres fue un secreto de Estado hasta que en 1762 los españoles perdieron Manila.

promotores de las exploraciones procuraban que la competencia no se beneficiase de ella. En particular, un fuerte secretismo rodeaba los llamados padrones reales de Portugal y España —los planisferios que servían de modelo para los demás mapas, guardados bajo llave en Lisboa y Sevilla, respectivamente—. En algún caso, el secretismo fue tal que valiosos datos geográficos se «perdieron» durante siglos. Es lo que sucedió con el estrecho de Torres, cartografiado por una expedición española pero que, debido al estricto secreto en que se mantuvo el mapa, necesitó ser «redescubierto» casi dos siglos después por los ingleses. En los peores casos, los historiadores actuales no pueden estar seguros de si ciertos mapas constituyen el rastro de una exploración de la que no tenemos noticia. Tal podría ser el caso de la cartografía de Dieppe y la aparente presencia portuguesa en Australia en el siglo XVI.

En todo caso, la información geográfica terminaba difundirse. Geógrafos y cartógrafos «privados» visualizaban los nuevos territorios y se asociaban con

editores para plasmarlos en mapas informativos y decorativos, de formatos cambiantes, destinados a las élites o al gran público. Y los mapas podían servir a los gobernantes como respaldo o refrendo de reivindicaciones imperiales, porque mapear un territorio era a menudo una forma de reclamarlo.

Por último, no hay duda de que la exploración y la cartografía se nutrían mutuamente. Los portulanos, surgidos en el siglo XIII, se distanciaron de la antigua práctica que retrataba el mundo como si sus límites y su contenido fueran bien conocidos. Haciendo gala de honestidad científica, la nueva tradición cartográfica se abstuvo de hacer conjeturas. Y aquellos espacios en blanco, aquellas líneas de costa súbitamente interrumpidas, ¿cómo no iban a espolear la curiosidad o la ambición de los exploradores? A continuación se analizan los mapas más significativos que aúnan esta doble pulsión humana: la curiosidad por los horizontes del mundo y el noble arte de su representación. *

► El Mapa del estrecho de Magallanes (1598), orientado al oeste, muestra a todo color la ruta que en 1520 siguió el navegante portugués Fernando de Magallanes para cruzarlo. Sobre el cartucho, se dibujaron dos gigantes de la Patagonia.



Carta pisana, el primer portulano

Como consecuencia de los avances en geografía y náutica, a las puertas de la Baja Edad Media surgió un nuevo tipo de representación cartográfica mucho más fiel a la realidad, las cartas portulanas, también llamadas «portulanos». El uso de la brújula, instrumento que los chinos habían inventado hacia el siglo IX, junto con la medida a «ojo» posibilitaron la creación de este tipo de mapas. El primero del que se tiene constancia es la *Carta pisana*. Por la información que figura en la obra se sabe que se elaboró entre 1258 y 1290, pues la fundación de la ciudad (actualmente italiana) de Manfredonia, que ya aparece en el mapa, y el dominio cristiano de San Juan de Acre (representado por una cruz de Malta), que cayó en manos de los musulmanes en 1291, ayudan a precisar bastante su datación.

Como carta náutica, sus dimensiones no son excepcionalmente grandes, pues ocupa 48 por 103 centímetros. Los especialistas no consiguen ponerse de acuerdo con respecto a su lugar de confección, aunque Génova parece ser el más probable. En este sentido, se cree que la *Carta pisana* tiene relación con *Lo Compasso de navigare*, obra de 1296 que enseña cómo crear un mapa. Se ha llegado a pensar, de ser cierto lo dicho, que primero se habría elaborado el mapa y después la obra. Con todo, lo único fuera de toda duda es



▲ Portulano del océano Atlántico este, del mar Mediterráneo y de una parte del mar Negro, también llamado *Carta pisana*.



que se encontró en Pisa, lo que explica su nombre. Posteriormente, en 1839, la compró la Biblioteca Nacional de Francia, donde se custodia bajo la signatura «GE B-1118 (RES)».

En calidad de portulano originario, posee características propias que lo diferencian claramente de la cartografía que se estaba realizando hasta el momento: se incluye un entramado de rumbos —loxodromías— y distancias, así como una escala gráfica. Estas escalas se representaban mediante una barra o un tronco —el llamado «tronco de leguas», equivalente a la actual escala gráfica— y la milla constituía la unidad principal —que presentaba diferencias entre zonas geográficas.

La *Carta pisana* se caracteriza por poseer dos escalas, que se encuentran en el interior de dos círculos, los cuales corresponden a Occidente y a Oriente. Estas escalas tienen cinco divisiones y a su vez se dividen en diez partes equivalentes a cinco millas cada una. Se cree, gracias a lo que apuntan diversos estudios, que esta división responde a cálculos propios de las matemáticas de la civilización árabo-islámica, en concreto, a las medidas estipuladas por el astrónomo persa del siglo IX Alfragano. Además, por primera vez aparecen círculos de los vientos, el símbolo colocado encima del punto u ombligo donde convergen todos los rumbos o loxodromías y que sería el esbozo primigenio de la rosa de los vientos.

La gran importancia de este mapa reside en que consiste en la primera representación, más o menos precisa, de la cuenca mediterránea y el mar Negro, donde aparecen las ciudades y puertos de toda la línea de costa —estos últimos, en tinta de color rojo y de manera perpendicular a aquella—, a pesar de que la decoración, que sería muy florida en las cartas similares de los siglos siguientes, aquí es totalmente inexistente. Por otra parte, la costa atlántica y la del norte europeo no responden a una representación fidedigna, sino artística, ya que el autor no tenía conocimiento alguno sobre



▲ El punto de unión de los dos círculos que representan a Oriente y Occidente.

esas áreas geográficas. Se cree, además, que el presente mapa respondía, sobre todo, a la necesidad de representar el área comercial por donde se navegaba en aquel momento. Esto explica que el detalle y la precisión de la representación de los puertos fueran, muy posiblemente, fruto de la experiencia de los marineros, a quienes se los consultaría para la elaboración de la carta.

Sin lugar a dudas, la *Carta pisana* fue una precursora de nuevas y numerosas rutas marítimas y, gracias a esta y a otras representaciones cartográficas similares, de claro objetivo práctico, daría comienzo poco después una época marcada por la exploración y los descubrimientos geográficos. *



▲ Los puntos donde convergen todos los rumbos se denominan «ombligos».



▲ Los portulanos o cartas náuticas señalaban los puertos y los accidentes geográficos de la costa. De ahí que solo apareciesen topónimos en el tramo litoral. Escritos perpendicularmente, unos aparecen en negro y otros, los más importantes, en rojo.



▲ En la parte más estrecha del mapa, que se corresponde con la piel del cuello del animal, se encuentra un círculo en cuyo interior aparece la escala gráfica de distancias o «tronco de leguas».

Mapa atribuido a Cristóbal Colón

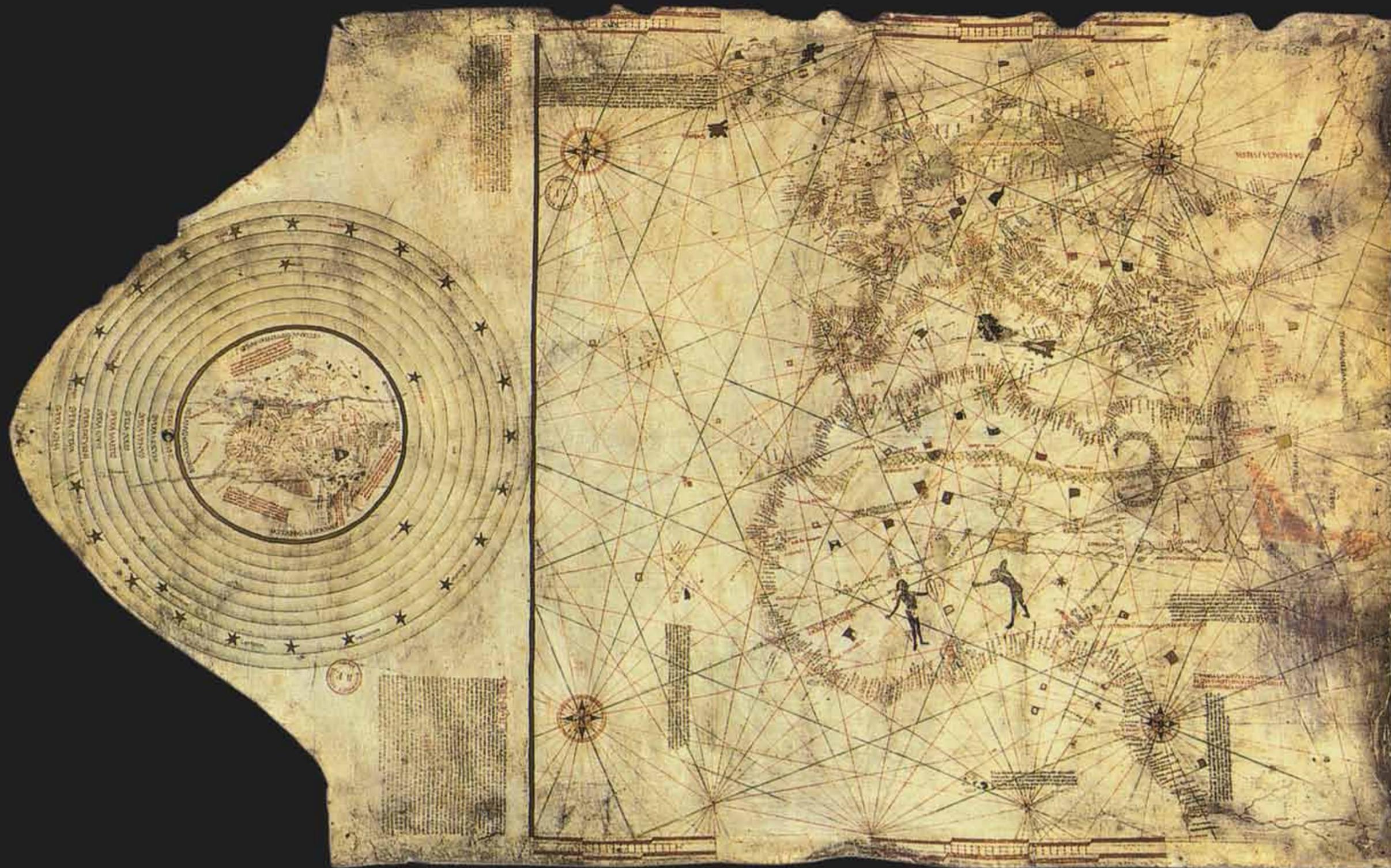
Esta carta náutica atribuida a Cristóbal Colón es un hito en la historia de la cartografía por su condición de mapa de transición, de puente entre la concepción medieval del mundo y la moderna.

Ahí radica su relevancia: en la capacidad de aunar elementos de los mapas portulanos al uso en la Edad Media y otros que apuntan a una nueva visión del mundo.

Se trata de un mapa coloreado y manuscrito en piel de 70 x 110 centímetros, cuyo título original es *Carta marina del océano Atlántico Noreste, del mar Báltico, del mar Mediterráneo y del mar Negro, acompañada de un mapamundi circular*. En 1924, el historiador de la marina francesa Charles de la Roncière atribuyó a Cristóbal Colón su autoría. Dictaminó además que era la carta náutica que el navegante había mostrado a los Reyes Católicos en su primera audiencia para convencerles de la viabilidad de su proyecto de llegar a las Indias sin bordear África.

Sin embargo, los argumentos esgrimidos por Roncière fueron pronto puestos en entredicho, pues

► La carta, de autor anónimo, se conserva en la actualidad en la Biblioteca Nacional de Francia y tiene unas dimensiones de 70 x 110 centímetros.



el mapa comprende muy pocos grados al oeste de las Azores, mientras que al este no incluye Catay ni la isla de Cipango, objetivos del proyecto de Colón. Estas diferencias de parecer dieron lugar a una controversia que se prolongó durante décadas, y que concluyó con el convencimiento de que la autoría no correspondía al explorador genovés.

Los estudiosos consideran que la carta, que se conserva actualmente en la Biblioteca Nacional de Francia, fue realizada entre 1492 y 1500, aunque no se descartan añadidos posteriores. Esta datación está fundamentada en elementos como el dibujo de la bandera de Castilla sobre Granada, conquistada en enero de 1492, o la propia representación del perfil de África, que incorpora las noticias que trajo Vasco de Gama en 1499, tras su viaje a las Indias. El estilo de esta carta manuscrita denota que se encargó con la intención de ser mostrada al público. Así lo indican la cuidada caligrafía, el empleo del dorado —por ejemplo, en las islas imaginarias— y los colores elegidos, los utilizados por los talleres de producción cartográfica dirigida a altos dignatarios.

El mapa contiene características propias de la tradición portulana así como de la cartografía típica de T en O. Los elementos relativos a la primera vertiente se identifican, por ejemplo, en la red de rumbos con centro en Marruecos y en la representación de las costas, donde concurren banderas, topónimos perpendiculares a la línea de mar e iconos. Las tierras mostradas son básicamente las necesarias para navegar, es decir, se centra en la representación minuciosa del área mediterránea, abarcando hasta Noruega al norte y Rusia al este, de la zona de Asia hasta el golfo pérsico, y de la de África hasta el Congo.

A medida que nos alejamos de la línea de costa, especialmente en estos dos últimos continentes, el mapa va perdiendo en detalle.

Por su parte, la tradición medieval se plasma en el mar único que rodea la masa terráquea, a modo de



▲ La carta incluye la característica red de rumbos o retícula de vientos de los mapas portulanos. En este caso, con el centro en Marruecos.

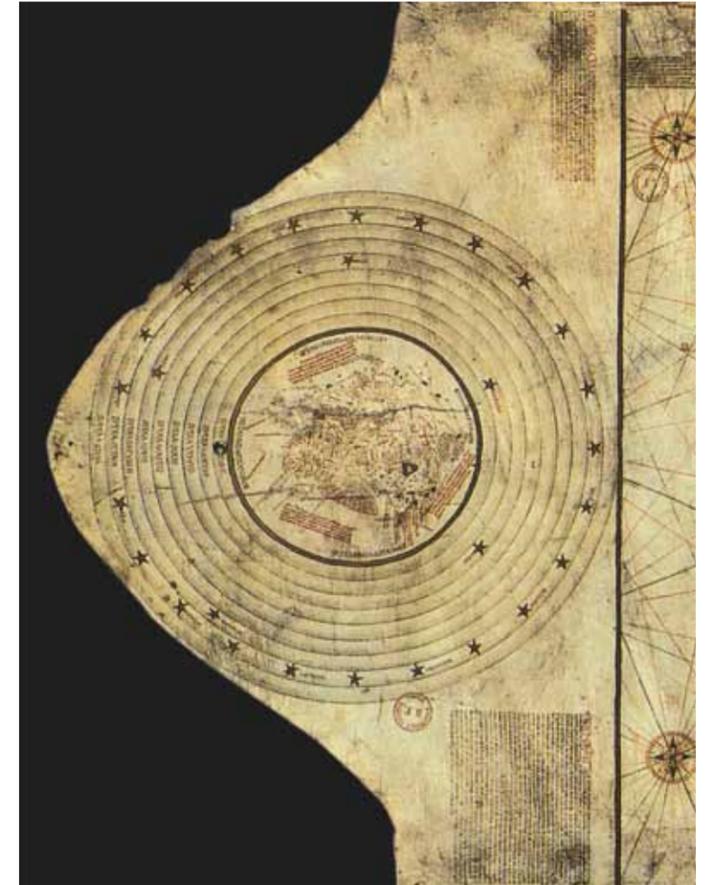
mapas de T en O, y en el disco presente en un extremo de la carta, y que sitúa la ciudad de Jerusalén en el centro. El mapamundi circular está rodeado de nueve aros celestiales con los signos del zodiaco en el octavo de ellos, una representación geocéntrica típica de la astronomía medieval.

Ahora bien, la carta exhibe también los primeros indicios de modernidad cartográfica. Además de la voluntad novedosa de plasmar la experiencia en cartografía —como indica, por ejemplo, la cantidad de topónimos que se incluyen en la costa africana, fruto de los descubrimientos de los navegantes portugueses—, el autor explicita su defensa de la esfericidad de la Tierra. En efecto, una de las notas en latín del mapa indica que, pese a estar dibujado sobre un plano, este mapamundi debe considerarse esférico. Un comentario que denota el carácter de transición del mapa entre el medieval y el Renacimiento.

Tras esta carta, casi de manera inmediata, la cartografía pasará a representar América. La modernidad cartográfica plena no se alcanzará hasta 1570, gracias a la obra del geógrafo y cartógrafo flamenco Abraham Ortelius, pero este portulano supone sin duda un salto cualitativo en ese camino. *



▲ Hacia el oeste, no aparece rastro alguno de los viajes de Cristóbal Colón, a excepción de la representación de algunas islas reales y otras fantásticas. Estas últimas se han plasmado con los colores típicos de esta morfología, es decir, dorado, azul, rojo y verde.



▲ Una inscripción que acompaña al mapamundi se hace eco de que, a pesar del soporte plano de esta carta náutica, debe entenderse que la Tierra es esférica.



▲ Los nombres en perpendicular a la línea de costa es un rasgo propio de las cartas portulanas. Por el contrario, es escasa la información ofrecida del interior de los territorios representados.

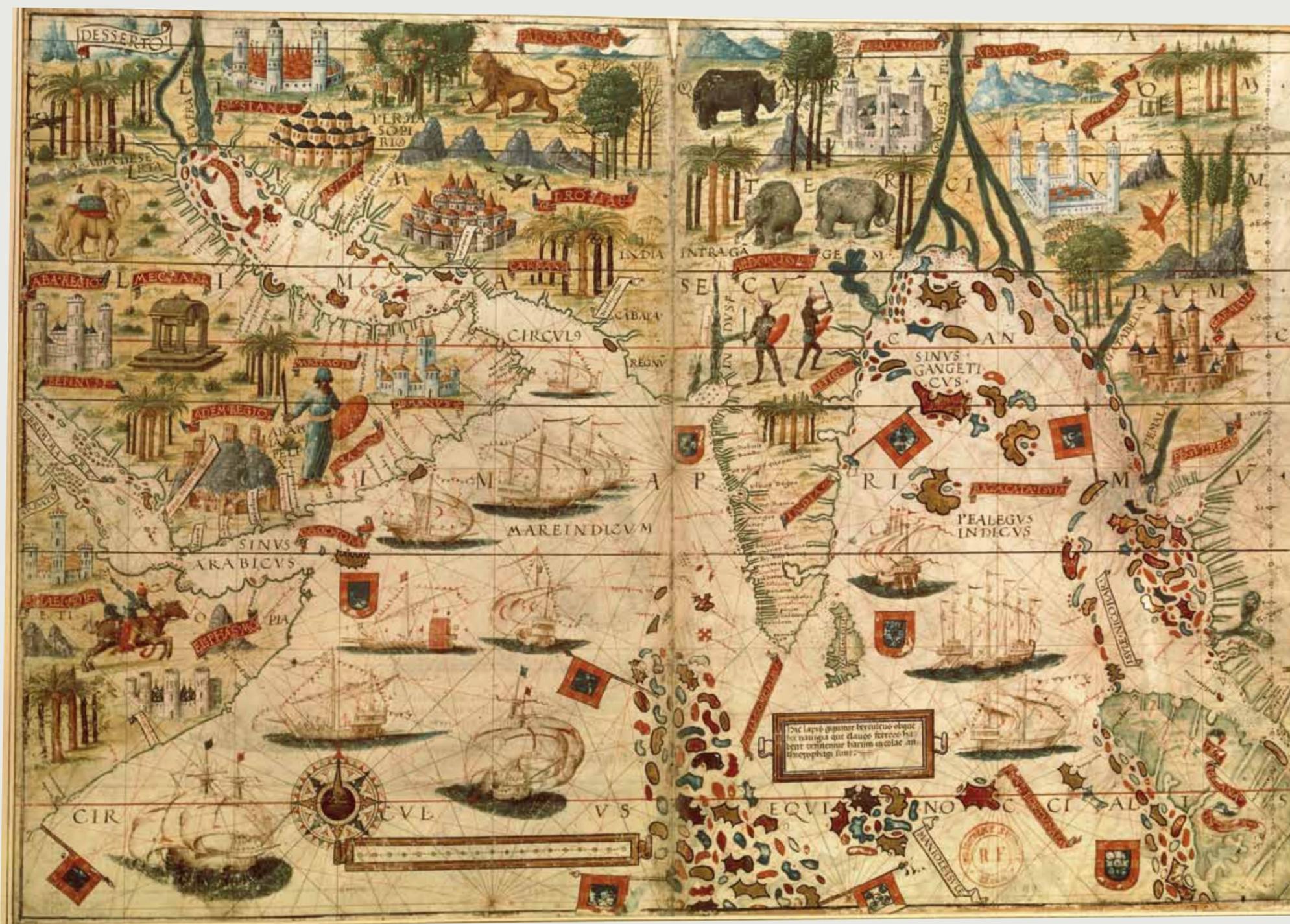


Atlas Miller

El encargo del rey Manuel I de Portugal a los mejores cartógrafos del momento de un atlas náutico que recogiera las últimas conquistas portuguesas dio lugar a una maravillosa y detallada obra de arte, que puede ser catalogada como la más bella de la historia de la cartografía lusa.

El resultado del encargo de un mapamundi actualizado que el rey portugués Manuel I (r. 1495-1521) realizó a los principales cartógrafos del momento fue un conjunto de láminas en pergamino fino —o velino—, ricamente iluminadas y de diferentes tamaños, conocido como *Atlas Miller*. Cuatro de ellas, que corresponden a la descripción geográfica de diversas regiones del mundo, miden 41,5 centímetros de alto por 59 centímetros de ancho. A su vez, las hojas que muestran el mapamundi inicial, con forma circular, y los mapas desplegados del Atlántico y el Mediterráneo tienen unas medidas de 61 centímetros de alto por 118 centímetros de ancho.

El atlas, que se conserva en la Biblioteca Nacional de Francia, está incompleto, ya que algunas hojas que lo componían no se han encontrado. Únicamente han llegado hasta nuestros días las correspondientes a la cartela de presentación; la del citado mapamundi circular, que representaba el hemisferio portugués derivado del Tratado de Tordesillas; la hoja del mapa del océano Atlántico noreste y norte de Europa; la hoja del océano Atlántico central y las Azores —la parte derecha de esta región no se conserva, correspondería a la península ibérica—;



◀ «Océano Índico norte con Arabia e India» (f. 3), en *Atlas Miller*, de Lopo Homem (1519). Biblioteca Nacional de Francia.

➤ la hoja del océano Atlántico sur y Brasil; la hoja incompleta de Madagascar; la del océano Índico con Arabia y la India —cuya imagen estudiamos en detalle en esta sección—; la del mapa del océano Índico sur con Insulindia, el mar de China oriental y las Molucas; y, por último, la del Magnus Sinus o golfo de Tailandia. Además se incluyen dos cartas, una del Atlántico y otra del Mediterráneo y el Mundo Antiguo. Estos documentos contienen textos manuscritos, con leyendas en latín y topónimos en portugués.

Se cree que las láminas hoy desaparecidas incluían el mapa de África —una hoja representaba el continente entero, y otra, que se completaba con el fragmento conservado donde se representa Madagascar, el sur de África; el suroeste del océano atlántico y Brasil; el de una parte del océano Atlántico —que se

corresponde con Estados Unidos—; y en último término, el de Europa.

Se baraja la hipótesis de que la primera hoja fuera la que muestra la cartela con el título y el nombre del principal autor, Lopo Homem; el lugar de creación, Lisboa; el año, 1519; y el mandatario de dicho trabajo, el rey portugués Manuel I: «Este es el mapa de todo el orbe del universo hasta hoy conocido, el cual yo, Lupus Homo, cosmógrafo, dibujé con gran industria y diligente trabajo en la ilustre ciudad de Lisboa el año de nuestro señor de mil quinientos diecinueve, por orden de Manuel, ínclito rey de Portugal, habiendo comparado muchos otros mapas tanto antiguos como modernos».

LA HISTORIA DE UN ATLAS PORTUGUÉS

Muy probablemente, el objetivo del atlas fuera el de

El velino: material predilecto



Durante la Edad Media, el soporte más empleado para levantar mapas era el pergamino, esto es, piel de animal tratada para poder escribir y dibujar sobre ella. Sin embargo, no cualquier piel valía para la elaboración de las cartas iluminadas, pues las calidades variaban en función del animal que se empleaba para ello: oveja, cabra, vaca o incluso venado. Lo más codiciado era el «velino», más conocido como vitela, una piel sin apenas imperfecciones, muy suave, uniforme y blanca, que se obtenía o bien de terneros nacidos muertos o bien de terneros lechales, de ahí su color. La vitela destacaba también por su durabilidad, de ahí que se empleara en todo tipo de documentación de interés político.



▲ Autorretrato de Alberto Durero (1493), originalmente un óleo sobre vitela.



▲ La familia del rey Don Manuel aparece orando en una pintura de Colijn de Coter, de 1518. Museo de la Misericordia de Porto.

mostrar de manera interesada los dominios del rey luso a alguna personalidad política, aunque se ignora el nombre del destinatario. No obstante, existen algunas pistas, si bien inciertas. El escudo que aparece en la portada fue añadido en torno a 1559 y corresponde a Catalina de Médici, quien por entonces era reina de Francia. Se sabe que el emblema se incluyó por esas fechas porque se indica que la monarca ya había enviudado. Así pues, se baraja la idea de que la obra fuese un regalo recibido por el rey francés Francisco I, tras cuya muerte pasó a manos de su hijo Enrique II, esposo de Catalina de Médici. Sin embargo, también hay quien afirma que, en realidad, el atlas fuera un presente del rey portugués a su esposa Leonor. La princesa, hermana

de Carlos I de España y V de Alemania, había sido prometida con el futuro João III, príncipe heredero de Portugal, pero finalmente acabó casándose con el padre de este, Manuel I, de quien enviudó en 1521. Al morir el monarca luso, Leonor se habría llevado el documento a España y posteriormente, en 1530, a Francia, al contraer nupcias con Francisco I. Finalmente, una tercera línea de investigación defiende que los hijos de Lopo Homem, que emigraron a Francia en la década de 1540, lo llevaran consigo. Con todo, el hecho de que el *Atlas Miller* quedase sin terminar, es decir, que las veintuna hojas que estaba previsto que lo compusieran estén incompletas, avalaría la idea de que no fue enviado directamente a Francisco I.

No obstante, sí sabemos que las hojas que incluía el atlas no se conservaron juntas. Cinco de ellas, las que corresponden a los mapas regionales, fueron vendidas por un librero parisino, de nombre Charavey, en 1855, al reputado cartógrafo vizconde de Santarem, quien a su vez se las vendió por problemas de liquidez al coleccionista, paleógrafo y especialista en códices Bénigne Emmanuel Clément Miller, quien da nombre al atlas. Tras el fallecimiento de este en 1897, su viuda vendió las láminas a la Biblioteca Nacional de Francia. Años más tarde, en 1930, la suerte quiso que la hoja correspondiente al mapamundi de la obra apareciese en una subasta londinense, y fuese adquirida por el historiador de la cartografía Marcel Destombes.

Siete años después de que Destombes comprase la denominada «Carta del Mundo», publicó en la capital francesa un artículo titulado *Lopo Homem's Atlas of 1519*. En este texto expuso la teoría de que la carta que había adquirido formaba parte de un atlas, y apuntó a que el resto de las láminas pertenecientes al trabajo de Lopo Homem debían de ser las que se encontraban en la Biblioteca Nacional de Francia, en París, bajo el nombre de *Atlas Miller*. La obra se expuso al público y se realizaron los estudios correspondientes a características y datación de la misma,



▲ En el planisferio del *Atlas Miller* se puede comprobar cómo, según la interpretación de Lopo Homem, las Indias Orientales se unían a las Occidentales y cerraban, como un solo mar, el Atlántico y el Índico.

aunque desde entonces el atlas no ha sido objeto de grandes investigaciones sobre cartografía.

¿UN INTERÉS CONTRAINFORMATIVO?

Los misterios que encierra este atlas son insondables. Se ignora el objetivo real del encargo, y lo mismo ocurre con la forma en que se levantó la información que contiene, en un momento en el que el proceder cartográfico y el saber geográfico se desarrollaban a gran velocidad.

Una de las hipótesis que se contemplan en cuanto a las deformidades y fallos que presentan algunas

hojas apunta a que tenían un fin contrainformativo con respecto a la Corona de Castilla. Es decir, el *Atlas Miller* sería el arma perfecta para la estrategia política portuguesa. Recordemos que, por entonces y sobre todo desde la firma del Tratado de Tordesillas, lusos y castellanos se esforzaban por representar en los mapas la realidad geográfica que les fuera más propicia. Esta tesis estaría avalada por el hecho de que el *Atlas Miller* recupera la versión ptolemaica del mundo, según la cual el Atlántico y el Índico son un todo, un mar cerrado, dado que las regiones americanas y asiáticas

conocidas conformarían una masa terrestre continua. Esta visión resulta sorprendente en una época en la que ya había quedado claro que el mundo era más extenso y que contaba con más continentes de los que apuntaba el astrónomo de la Antigüedad. Así las cosas, todo ello nos lleva a pensar que el atlas pudo ser una maniobra disuasoria y que, en cualquier caso, refleja la oposición que mostraban los lusos a la circunnavegación de la Tierra que estaban preparando Fernando de Magallanes y Juan Sebastián Elcano en Sevilla. El planisferio del *Atlas Miller* parece lanzar un mensaje claro: la única ruta para llegar a la India es la portuguesa;

de ahí que haya quien crea que las incorrecciones de Lopo Homem habrían sido deliberadas.

Con todo, lo que más atrae al espectador al contemplar esta colección de mapas es la rica iluminación y la decoración que presenta. Los colores predominantes en la carta son el rojo y el azul, los propios del escudo de la monarquía de Portugal, emblema que hallamos en repetidas ocasiones para señalar los dominios lusos. De los mismos tonos son otros muchos elementos del mapa, como las plumas de los trajes de los caciques indios en algunas cartas, como la de Brasil, en los papagayos que sobrevuelan diversas regiones de las nuevas tierras descubiertas, en la toponimia que aparece reflejada a lo largo de toda la costa brasileña, en los rótulos en mayúsculas, en la decoración de los barcos que navegan por el océano e incluso en las rosas de los vientos.

En todas las cartas regionales, las leyendas que registran los nombres geográficos están escritas en latín y pintadas en oro sobre rojo. Por el contrario, los topónimos de las costas se han plasmado en portugués y con un trazo diferente. Se cree que la persona que los escribió era la misma que dibujó los contornos geográficos y náuticos, mientras que la que asumió las iluminaciones redactó también las leyendas de las cartelas.

UN EQUIPO DE GRANDES CARTÓGRAFOS ENTRE LA TRADICIÓN Y LA INNOVACIÓN

Lopo Homem no trabajó solo ya que, a pesar de ocupar el cargo de «Señor de las Cartas de Navegación», un título que concedía el rey portugués al principal encargado de la cartografía dentro de la corte, su inexperiencia en la década de 1510 debía pesarle demasiado para aceptar un encargo de tal magnitud. Posiblemente requirió la ayuda de los otros grandes cartógrafos de Lisboa, que en aquel momento eran los Reinell, y especialmente Jorge, quien entonces estaba también trabajando en la Casa de Contratación de Sevilla (véase el recuadro «La autoría del atlas», en la p. 29).

Fake news en los mapas



Los conflictos entre las coronas de Castilla y Portugal venían de lejos, pero se recrudecieron tras el descubrimiento del Nuevo Mundo, en 1492. En 1519, la idea de la existencia de un nuevo continente de grandes dimensiones y de un océano, el Pacífico, que se extendía más allá de lo que se podía imaginar era ya un hecho constatado. Y sin embargo, en esa carrera por la supremacía conquistadora, ambos reinos intentaron convencerse mutuamente de lo contrario, filtrando información errónea a través de todos los medios a su alcance. Este parece ser el caso del *Atlas Miller*, en el que la representación del océano Pacífico como un mar cerrado ha sido interpretada por muchos expertos como un intento disuasorio para que Magallanes no realizase su famosa circunnavegación, que se estaba preparando en esos momentos en Sevilla, residencia de la corte de Carlos I de España.

➤ Además, Lopo Homem pidió ayuda a su hermano Francisco. Y, por el marcado estilo de algunas miniaturas, se cree que en la obra colaboraron asimismo pintores flamencos, específicamente Antonio de Holanda, ya que su método se ha identificado con las miniaturas que este realizó en los libros de horas de Leonor, la esposa de Manuel I.

En general, el estilo del atlas representa una continuidad respecto de lo que se había estado haciendo hasta el momento: bonitos mapamundis y portulanos que permitían a las coronas mostrar —y reivindicar— sus posesiones ante sus enemigos. Más que evidentes en este sentido son las inscripciones en latín que aparecen en todas las cartas que muestran los descubrimientos portugueses, a excepción de la que corresponde a Brasil, en la que se lee (traducido al castellano): «Es la carta de la región del gran Brasil y del lado oeste que alcanzan las Antillas del rey de Castilla. Su gente es oscura en color. Salvaje y muy cruel, se alimenta de carne humana. Esta gente es la más habilidosa en el uso de arco y flechas. Aquí hay papagayos multicolor y otros innumerables pájaros y monstruos salvajes. Existen muchos tipos de monos y crecen numerosos árboles llamados Brasil, que son adecuados para tener las ropas en rojo».

Esta inscripción está refrendada por la imagen esclarecedora de un paisaje ricamente iluminado, en el que destacan indígenas de dos tipos: unos están trabajando, concretamente cortando y acarreando lo que sería el codiciado pñambuco o palo de Brasil al que hace mención el texto, muy valorado por su uso como tinte rojo; y otros nativos, opulentamente vestidos con tocados de plumas de colores, así como con capas y una especie de falda también de plumas multicolor, y en sus manos, arcos y flechas que portan de forma relajada, en lo que parece ser una advertencia para sus esclavos. Como bien dice la inscripción, acompañan a los indígenas toda clase de animales, tanto fantásticos como reales, entre los que destacan los monos, los papagayos rojos y azules y un dragón.



▲ Cartela del *Atlas Miller* con el escudo de Catalina de Médici, añadido en 1559.

Lo que resulta innegable es que las cartas de este atlas despertaron, y siguen haciéndolo, un gran interés entre la comunidad científica. Especialmente, el mapamundi que contiene el océano Pacífico, que aparece como un mar cerrado, sin salida. La imagen del mundo se muestra deformada por la inclusión del Atlántico y del Índico como un solo mar y la enorme masa de tierra al sur, que une a modo de gran Antártida los descubrimientos realizados en América del Sur con el continente asiático. Este tipo de representación recupera la tradición de las antípodas propia de la cartografía de la Antigua Roma —véanse Macrobio o Pomponio Mela—. El hecho de que se reutilice el concepto de un gran mar que rodea los continentes sorprende, ya que los mapas de T en O habían sido abandonados tras el desarrollo de los portulanos.

El sistema tradicional de representación también se empleó a la hora de plasmar la geografía europea. En este caso, el estilo cartográfico recuerda al de las cartas náuticas, aunque con un aspecto inacabado. Los autores adoptaron el sistema de dieciséis líneas de rumbo, cuyos ombligos se situaron entre Escocia y una Escandinavia a medio esbozar. Si comparamos esta área con otras hojas regionales, podemos observar



▲ Hoja del *Atlas Miller* que muestra el Magnus Sinus (golfo de Tailandia).

que la parte noroeste de Europa no tiene ni título principal en latín ni una descripción de sus contenidos, y sus perfiles geográficos están muy distorsionados, lo que lleva a pensar que quien dibujó esta hoja o tenía muy poca información disponible o no pudo terminarla. Esta falta de rigor y detalle se aprecia también en la información toponímica: mientras que en Francia, Flandes y Gran Bretaña se registran una gran cantidad de topónimos, no así en los países bálticos y escandinavos, donde prácticamente no consta información.

Singulares son también las representaciones del océano Atlántico y del Mediterráneo. Aunque no eran cartas útiles para navegar, ya que la prominente decoración iba en detrimento del rigor informativo, se dotaron de escala, así como de meridiano de

graduación en el centro del océano Atlántico y las islas Azores. Sin embargo, este sistema se mezcla con el de división por climas establecido por Ptolomeo, que aparecen junto al Ecuador y al trópico de Cáncer. El objetivo de todo ello era distribuir entre Castilla y Portugal los últimos descubrimientos, según marcaba el Tratado de Tordesillas. Por ese motivo, se destacan los lugares más notorios y conflictivos descubiertos hasta el momento, como es el caso de Terranova o la *Terra Corte Regalis*, que pertenecía a Portugal tal como indican los topónimos en portugués. Por otra parte, las costas del continente americano y las islas adyacentes contienen nombres tanto en castellano como en lengua lusa. También sorprende sobremanera que no se incluyera ni un solo topónimo en las costas africanas

➤ hasta el golfo de Guinea, donde se encontraba São Jorge de Mina, el establecimiento portugués más importante de la época.

LA CURIOSA REPRESENTACIÓN DE LAS ÁREAS DESCONOCIDAS

La lámina en la que se plasma el mar Mediterráneo parece una copia de una carta portulana, ya que se representa con un entramado de líneas de rumbo. Asimismo, en contraposición a la minuciosa información que consta en todas las zonas costeras o portuarias, halla-



▲ Mapa de Madagascar del *Atlas Miller*. Probablemente, en la mitad izquierda de la hoja, hoy perdida, se representó el sur de África.

mos una ausencia total de topónimos en el interior de los países, salvo los nombres de regiones, escritos en letras capitales. Otra característica que se puede alegar a la creencia de que se levantó según los parámetros de una carta náutica es la orientación del atlas según el norte magnético. Por otro lado, la perfección del área mediterránea contrasta con la deformidad presentada en otras zonas, como el mar Rojo, el Caspio, el golfo Pérsico y el Báltico.

Para la representación de localizaciones del todo desconocidas se adoptó la tradición de Ptolomeo, de ahí que presenten deformidades. Los intentos de representar los meridianos, en forma de líneas carmesís, sugieren tan solo que los cartógrafos quisieron dar un aire estético más moderno a la forma de proceder ptolemaica. Por último, las representaciones más originales las encontramos en los mapas de regiones del mundo, y concretamente en las que plasman las conquistas portuguesas, como el mapa con el que abrimos esta sección. Por ejemplo, las islas del sudeste asiático se dibujaron a modo de laberinto, quizá con intención disuasoria también para posibles competidores, y se señalaron con banderas portuguesas.

En definitiva, el *Atlas Miller* nos habla de la imagen y el conocimiento que la sociedad del momento tenía del mundo que habitaba, resultado de un proceso ideológico de maduración, cuyo desarrollo tuvo lugar a través de tres planos: uno puramente teológico, donde la Iglesia desempeñó un papel determinante sobre lo que se debía o no se debía pensar; un segundo plano ideológico, en el que tiene lugar el desarrollo de la imaginación a partir de las historias que llegan desde distintas fuentes; y un tercer plano cartográfico, donde los nuevos descubrimientos y los miedos que estos generaban se reflejaban de forma explícita, y cuyo desarrollo tendrá implicaciones en la producción cultural, en el papel que la religión desarrollará en los años venideros y en el ejercicio del poder fuera y dentro de los territorios conquistados.*



◀ Se cree que la persona que asumió la realización de los textos en latín se encargó también de las ilustraciones, mientras que el autor de la toponimia en portugués habría trazado también los contornos terrestres. En la imagen, la hoja del atlas que representa el Atlántico sur y Brasil.

La autoría del atlas

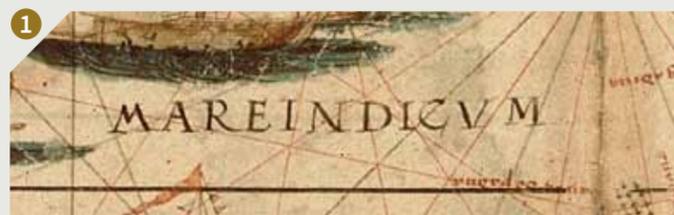
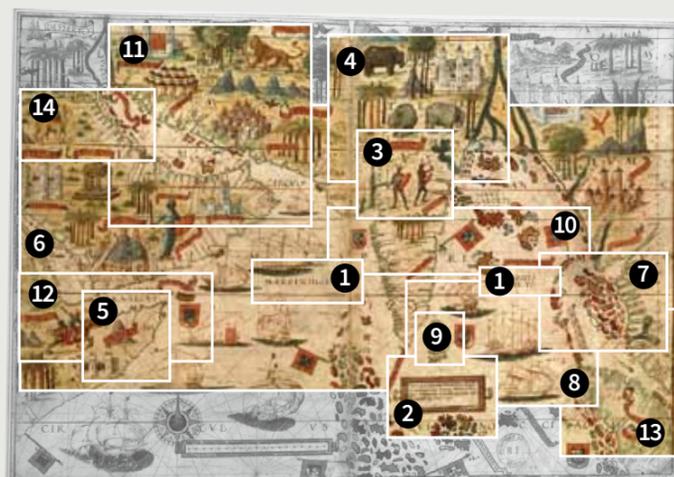


Lopo Homem, el autor principal del *Atlas Miller*, fue el miembro más destacado de una ilustre familia de cartógrafos portugueses del siglo XVI, a la que pertenecieron también sus hijos Diogo y André Homem, este último un cercano colaborador del cabeza de familia. Además de cartógrafo, Lopo Homem destacó como cosmógrafo, y sirvió como tal a la Corona lusa en su política de ultramar. Aunque se sabe que tuvo una actividad muy prolífica, tan solo han llegado hasta nuestros días cuatro de sus trabajos, entre los que despunta el que nos ocupa, que levantó en colaboración con los cartógrafos portugueses Pedro y Jorge Reinel, así como con otros colaboradores, como se desprende del hecho de que en la inscripción en la primera hoja del atlas, la «Carta del mundo», se señala que Lopo Homem es el productor de «esta carta», en singular, y no de las «cartas», en plural, lo que deja en suspenso la autoría del resto de los mapas.

En junio de 1939 se celebró una reunión de expertos en la Biblioteca Nacional de París para

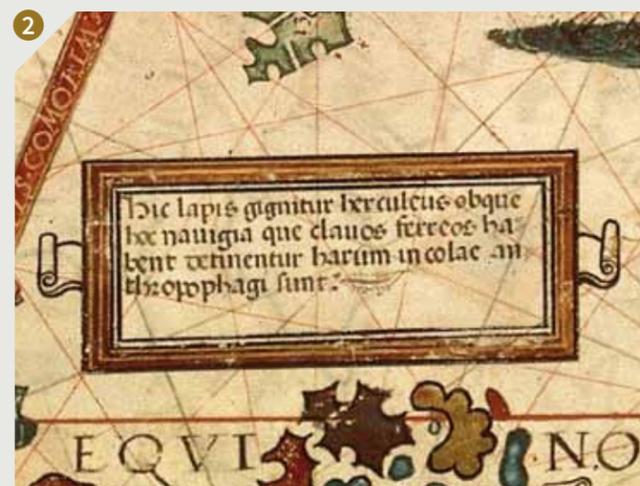
determinar la procedencia y autoría del *Atlas Miller*. A pesar de que de este encuentro no se sacó en claro la posible fecha de nacimiento ni de defunción del cartógrafo luso, si bien se sitúa entre 1497 y 1572, algunos eruditos consideran aún hoy que no todas las cartas atribuidas a Lopo Homem son obra suya. Esta teoría se basa en que, en 1517, cuando ya debía de estar gestándose el *Atlas Miller*, Lopo Homem era todavía un hombre joven e inexperto, tanto que ejercía de escudero del rey, un puesto de poca consideración en las cortes europeas del momento. No obstante, se sabe que poco más tarde recibió el título de «Señor de las Cartas de Navegación», tras aprender precariamente el oficio de la mano de expertos como los hermanos Pedro y Jorge Reinel, cartógrafos de la corte desde bastante antes. Así pues, se baraja la posibilidad de que Lopo Homem, debido a su juventud y a su corto adiestramiento en el arte cartográfico y a pesar de su título, no se sintiese todavía preparado para realizar un trabajo de tal dimensión y pidiese ayuda a sus maestros. Quizás este hecho justificó que se haya atribuido una autoría doble a las cartas: la de los Reinel, con un papel protagonista de Jorge, y la de Lopo Homem.

En detalle



Dos nombres, un mismo mar

Es muy destacable el hecho de que el océano Índico aparezca nombrado de dos maneras distintas: en la región occidental, con la designación de *Mare Indicum*, mientras, que en las cercanías del golfo de Bengala se inscribió bajo el nombre de *Pealegus Indicus*. A su vez, la denominación que Ptolomeo había otorgado a este océano y que se había empleado durante toda la Edad Media se adaptó y se situó más al norte, en el golfo: *Sinus Gangeticus* («golfo de Ganges»).



¡Cuidado! ¡Canibales!

Una leyenda en latín nos informa de que más allá de Sumatra o, como se la llamaba entonces, Trapobana, existe un total de 1378 islas, en las que habitan «antropófagos» o canibales.



Nativos amenazadores

En Arabia, una región ricamente iluminada, destacan unos indígenas casi desnudos, con tocados de plumas de colores o cuernos, y una especie de falda también de plumas. En sus manos sostienen varas o espadas con actitud amenazadora.



Animales exóticos

Encontramos en el atlas toda clase de animales, tanto fantásticos como reales, entre los que destacan los monos, los papagayos rojos y azules, e incluso diversos dragones. En la hoja correspondiente al océano Índico, el cartógrafo representó elefantes y rinocerontes, especies que Marco Polo había descrito en su periplo asiático, pero que la población del siglo XVI no sabía identificar.



5 *El Cuerno africano ya habla portugués*
Elephans Mons («Monte Elefante») es el nombre en latín que Ptolomeo había dado a las montañas próximas al cabo Promontorium Aromatum, o como aparece ya en portugués, cabo de Guardafui, en el Cuerno africano.



7 *Coloridas islas*
Como era habitual en la cartografía de la época, en las regiones menos conocidas, se dibujaron islas fantásticas, muy reconocibles por su forma y colores. Las agrupaciones de insulas en forma de alubia eran predominantemente rojas y azules.



6 *División climática*
El cartógrafo decidió utilizar la división cristiana según la cual el mundo se divide en siete climas o franjas paralelas al ecuador.



8 *Naves para todos los gustos*
En el conjunto del atlas, y específicamente en esta hoja, se pueden apreciar los dibujos de embarcaciones procedentes de diferentes países. Los navíos portugueses se identifican por las velas redondas que portan la Cruz de Cristo. Los barcos de origen islámico, tanto los de un mástil como los de dos, son de bajo bordo y espolón a modo de galeras. Asimismo hay otras naves con velas redondas como si fuesen naos e incluso otra con siete mástiles, proa y popa acastilladas, timón lateral doble, sin codaste y espolón, que representa un junco malayo.



9 *La deseada Ceilán*
Junto con Malaca, Ceilán era otro de los destinos a los que los portugueses deseaban llegar bordeando África para conseguir las apreciadas especias de Oriente. Tras la arribada de Vasco de Gama a Calicut en 1498, el acceso quedó abierto.



10 *Banderas y dominios*
La carta emplea numerosas banderas portuguesas para señalar a dónde habían llegado los exploradores lusos hasta el momento.



El dibujo de las ciudades

La forma en que el cartógrafo decidió dibujar las ciudades es muy significativa y característica: están formadas por filas de edificios, a lo sumo cuatro, que representan fortificaciones o castillos. Únicamente varía el tipo de construcción, pero no la forma.



Pueblos guerreros

Las representaciones mitológicas e históricas son escasas aunque muy detalladas. En la mayor parte de los casos están basadas en las creencias que los europeos tenían sobre las tribus que habitaban en África y Oriente. Algunas regiones presentaron una especial resistencia a los portugueses al principio. De ahí que las representaciones antropomórficas de esas zonas sean de guerreros en la mayor parte.



Regiones inventadas

La parte que representa Oriente es totalmente fantástica, pues se ignoraba cómo era, por lo que se recurrió a la construcción hecha por Ptolomeo.



Los colores del escudo de la monarquía lusa

El rojo y el azul son los colores predominantes en los detalles ornamentales del mapa.